

9.º domingo ordinario A



***Meteos mis palabras en el corazón y en el alma.
(Dt 11,18)***

Primera lectura

Deuteronomio 11,18.26-28

Moisés habló al pueblo diciendo: – Meteos mis palabras en el corazón y en el alma, atadlas a la muñeca como un signo y ponedlas de señal en vuestra frente. Mirad: hoy os pongo delante maldición y bendición: la bendición, si escucháis los preceptos del Señor vuestro Dios que yo os mando hoy; la maldición, si no escucháis los preceptos del Señor vuestro Dios y os desviáis del camino que hoy os marco, yendo detrás de dioses extranjeros que no habíais conocido.

Segunda lectura

Romanos 3,21-25.28

Hermanos y hermanas: Ahora, la justicia de Dios, atestiguada por la Ley y los Profetas, se ha manifestado independientemente de la Ley. Por la fe en Jesucristo viene la justicia de Dios a todos los que creen, sin distinción alguna. Pues todos pecaron y todos están privados de la gloria de Dios, y son justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención de Cristo Jesús, a quien constituyó sacrificio de propiciación mediante la fe en su sangre. Sostenemos, pues, que el hombre es justificado por la fe, sin las obras de la Ley.

Evangelio

Mateo 7,21-27

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: – No todo el que me dice "Señor, Señor" entrara en el Reino de los cielos, sino el que cumple la voluntad de mi Padre que está en el cielo.

Aquel día muchos dirán: Señor, Señor, ¿no hemos profetizado en tu nombre, y en tu nombre echado demonios, y no hemos hecho en tu nombre muchos milagros?

Yo entonces les declararé: Nunca os he conocido. Alejaos de mí, malvados.

El que escucha estas palabras mías y las pone en práctica se parece a aquel hombre prudente que edificó su casa sobre roca. Cayó la lluvia, se salieron los ríos, soplaron

los vientos y descargaron contra la casa; pero no se hundió, porque estaba cimentada sobre roca.

El que escucha estas palabras mías y no las pone en práctica se parece a aquel hombre necio que edificó su casa sobre arena. Cayó la lluvia, se salieron los ríos, soplaron los vientos y rompieron contra la casa, y se hundió totalmente.

Meditación

La sección anterior establecía un principio de discernimiento de espíritus: por su frutos los conoceréis. Allí se refería a los profetas. Aquí el principio se universaliza, se hace válido para todos. No bastan palabras bonitas ni acciones impresionantes. Más aún, no son necesarias. Las palabras que aquí dice Jesús están afirmadas desde su calidad de juez y, en cuanto tal, declara solemnemente que la pertenencia al Reino, la sumisión a Dios, no existe sin el cumplimiento de su voluntad. Si uno le confiesa como Señor tiene que ser consecuente y actuar como siervo, aceptando y cumpliendo la voluntad de su Señor. Señor y siervo son palabras y conceptos correlativos que se implican mutuamente, con el reconocimiento correspondiente de la dignidad y autoridad del Señor, por una parte, y, por otra, de la situación del siervo y sus obligaciones.

Son condenados por el juez no por falta de obras buenas: han hablado proféticamente, han llevado a los hombres a Dios, han vencido a Satanás, al estilo de la victoria de Cristo sobre él, han hecho obras maravillosas... pero no han cumplido la voluntad de Dios. Por eso, los que se presentan con esta arrogancia ante Dios son llamados "obradores de la iniquidad". Al manifestarse con esta dureza, el evangelista, probablemente, tiene delante a los partidarios de la gnosis, que se gloriaban de poseer un conocimiento superior de Dios. Al fin y al cabo, las obras buenas realizadas por ellos indicaban su excesiva e intolerable autosuficiencia, un pasar la factura a Dios. Y a Dios no se le puede pasar la factura. Nadie tiene derecho a hacerlo. Quien se gloría, que se gloríe en el Señor. Y este peligro de gloriarse en sí mismos es tanto mayor cuanto mejores son las obras realizadas o cuanto uno se halla más inmerso, profesionalmente, en las cosas de Dios.

La necesidad de ser consecuentes se acentúa en la parábola conclusiva del sermón del monte. Nos habla de dos formas distintas de oír: oír simplemente y oír prácticamente, llevando a la práctica lo oído. El oír práctica y eficazmente es llamado por Jesús "prudencia". Expresiones como las de esta parábola no faltan en el judaísmo. Una de ellas dice: "si tu saber supera a tu actuar, eres como un árbol con muchas hojas y poca raíz". Jesús se sitúa en la misma línea. Con una diferencia radical: lo que es preciso oír eficazmente y lo que, por tanto, resulta ser determinante de la suerte de los oyentes, es su propia palabra. Nadie nunca se expresó así. Si los profetas del Antiguo Testamento se expresaron en forma parecida, lo hacían en cuanto portavoces de la palabra de Dios.

El sermón de la montaña se clausura así comparando a los hombres con las casas que edifican. Externamente pueden ser iguales; la diferencia se nota en los momentos decisivos, en el momento de la tormenta: una se mantiene firme y otra cae entre ruinas. Como la suerte que correrán los hombres en el momento decisivo: entrada en la vida, o exclusión de la misma.